



Cuando arranca, y se pone en camino,
transporta el futuro...

34° Experiencias

El coche de transporte al colegio se sonaba la nariz todas las mañanas en el pañuelo de la plaza para eliminar fantasías adormiladas, y estornudaba excitado con el picor de las galletas y los vasos de leche sonámbulamente bebidos.

Los niños se dejaban llevar, incapaces de ir, porque sus mentes aún estaban somnolientas, y arrastraban los pies queriendo retardar la cita.

Alzan el hombro con que soportan la correa de la cartera llena de libros y así equilibrar su cuerpo. Alguno como contrapeso, aún arrastra el coche o el tractor de juguete.

Las madres o los padres, en el último momento, recogen las muñecas de trapo o los ositos de peluche o los coches de juguete y ponen su beso, como una lágrima de consuelo y una gota de amor, en la frente o la mejilla de su hijo.

Los niños, como sabios y científicos de la niñez, adoptan la seriedad de elegir asiento en el autobús, de olvidar a sus mamás o a sus papás que miran embobados a través de los cristales.

Caminan por los pasillos hasta que deciden acomodarse en el asiento y en la ventanilla de siempre conscientes pero distraídos a propósito de las miradas atentas de sus padres.

Los niños son como las fantasías, dejan de serlo cuando nadie las contempla, las advierte o las vigila.

Se dejan ver, permiten que los observen, pero ellos adoptan posturas de alejamiento e incluso rebeldía, para conseguir lo que desean para ser ellos mismos, separados y distintos a sus padres que los acaparan y cautivan.

El autobús, con su constante traqueteo, acuna en la duermevela a los escolares y les canta una nana de runruneo matinal.

Cuando arranca, al fin, y se pone en camino, transporta el futuro, un futuro asomado a sus ventanillas transparentes y de puertas cerradas.

¿Será que deberán nacer de nuevo para descubrir su sabiduría de niños, siempre escondida y encubierta por las teorías de los adultos?